

Los delirios del encierro

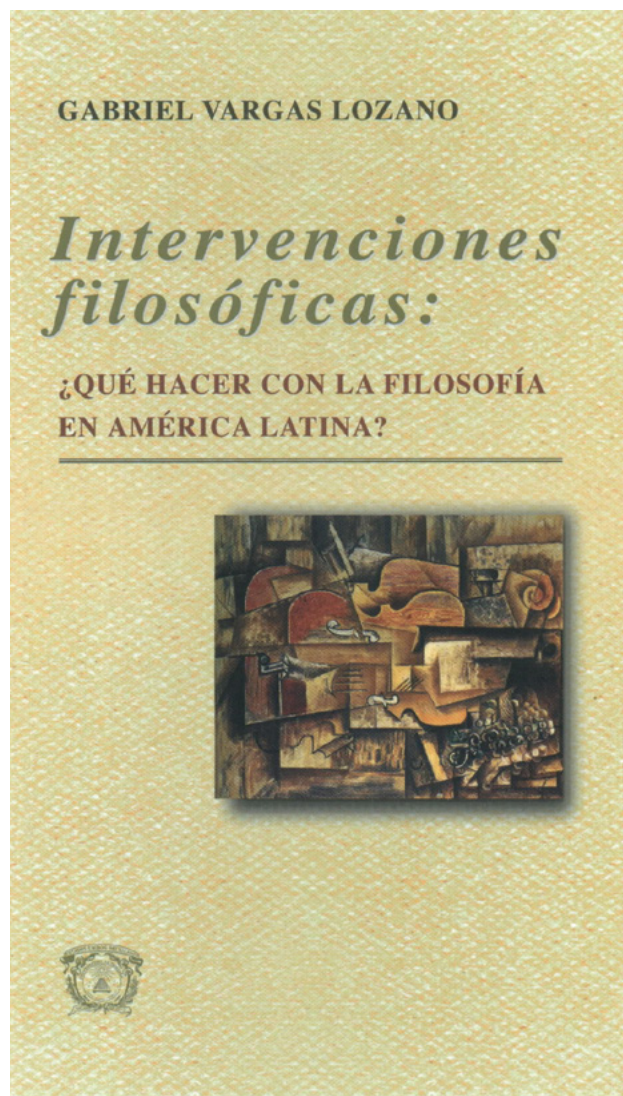


GABRIEL VARGAS LOZANO

Profesor-investigador del Departamento de Filosofía de la UAM-Iztapalapa. Miembro del comité directivo de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía y presidente de la comisión sobre enseñanza de la filosofía. Fundador del Observatorio Filosófico de México. Autor, entre otras obras, de *Filosofía ¿para qué? Desafíos de la filosofía para el siglo XXI*.

De pronto, el virus, multiplicado por millones, tomó como rehén a la humanidad y la ha castigado como si se hubiera convertido en los cuatro jinetes del apocalipsis. Pero ¿es cierto que el virus nos castiga? Algún filósofo escribió que la naturaleza se está vengando de nuestra (¿nuestra?) acción depredadora; sin embargo, desde el confinamiento en que me encuentro desde hace meses, considero que la naturaleza es completamente indiferente a nuestras tragedias. Es un mito que el quetzal dejara de cantar después de la Conquista o que los terremotos sean un castigo divino. Al iniciar el día, escucho y veo a los pájaros revolotear y cantar alegremente en las ramas de los árboles; las ardillas se desplazan veloces frente a mi ventana buscando comida para el próximo verano; los perros ladran ahuyentando a los escasos transeúntes que pasan, mientras los árboles y las plantas parecen pedir el agua que por descuido imperdonable no les he dado desde hace días; sin embargo, a la naturaleza (la que no somos nosotros) no le importamos absolutamente nada. El ser invisible que nos ataca les tiene sin cuidado.

Somos nosotros los que proyectamos en todo lo que nos rodea nuestras angustias por la enfermedad, la soledad y la muerte pidiendo apoyo y solidaridad. La pandemia ha descubierto el velo que apenas disimulaba el escenario de las inmensas injusticias en que ha vivido la humanidad desde hace mucho, pero me temo que una vez que se logre superar esta grave situación, las cosas seguirán igual. Hace poco, para desahogar mis propias angustias lancé al mar de la internet un texto denominado “Delirios del encierro”. No sé cuál será su destino o en qué red quedará atrapado pero el mensaje de la botella digital



se concentraba en la idea de que probablemente la humanidad, al ver superada la presente etapa, tratará de arrojar sus muertos y sus sufrimientos al mar del olvido. No la culpo. Todo esto es insoportable. Por lo pronto, sólo la literatura, la música y la filosofía nos podrán servir de consolación. 🍷